Presente y Pasado. Revista de Historia. Año 31, N° 60, Especial Temático, 2026.
ISSN: 1316-1369 / Depósito Legal pp 196602ME301 / Depósito Legal Electrónico PPI 201202ME4038
Vida parroquial en Mérida... Elizabeth Avendaño Cerrada, pp. 92-119.

Vida parroquial en Mérida: las visitas pastorales del obispo Santiago Hernández Milanés (1803)

Elizabeth Avendaño Cerrada[1]
Universidad de Los Andes
Grupo de Investigación de Historia Social y Económica de Venezuela (GIHSEV)
elizabethavc@gmail.com

Resumen

Este artículo analiza las visitas pastorales realizadas por el obispo Santiago Hernández Milanés a las parroquias de la jurisdicción de Mérida en 1803. Los libros parroquiales, disponibles en la plataforma *Familysearch*, constituyen la fuente esencial para comprender la disciplina eclesiástica y la vida parroquial en la vasta jurisdicción diocesana. Las visitas pastorales influyeron directamente en la práctica sacramental y en las costumbres cotidianas de las parroquias, mostrando así el poder y la función del obispo en el ordenamiento de su diócesis. Desde la perspectiva de la Historia Cultural, el presente estudio examina la autoridad ejercida por el obispo Milanés como instrumento de vigilancia, quien, mediante sus normas, regulaba la conducta del clero para establecer el orden dentro de la Iglesia en la jurisdicción merideña.

Palabras Clave: Visitas pastorales, Santiago Hernández Milanés, parroquias de Mérida, Historia Cultural, vida parroquial.

Parish life in Mérida: the pastoral visits of bishop Santiago Hernández Milanés (1803)

Abstract

This article analyzes the pastoral visits made by Bishop Santiago Hernández Milanés to the parishes of the jurisdiction of Mérida in 1803. The parish books, available on the Familysearch platform, constitute the essential source for understanding ecclesiastical discipline and parish life in the vast diocesan jurisdiction. The pastoral visitations directly influenced sacramental practice and daily customs in the parishes, thus showing the power and role of the bishop in the ordering of his diocese. From the perspective of Cultural History, the present study examines the authority exercised by Bishop Milanés as an instrument of vigilance, who, through his norms, regulated the conduct of the clergy to establish order within the Church in the Merida jurisdiction.

Keywords: Pastoral visits, Santiago Hernández Milanés, parishes of Mérida, Cultural History, parish life.Mérida, Cultural History, parish life.

Este artículo fue terminado en diciembre de 2025, entregado para su evaluación en febrero de 2026 y aprobado para su publicación en mayo del mismo año.

1. Introducción

La Iglesia católica se encargó de regir el comportamiento colectivo e individual en América durante la Colonia. Asumió la dirección en la vida moral y dominó el delicado tejido espiritual, lo que le permitió influir en la conducta de la sociedad.[2] Definió lo bueno y lo malo, bajo la fe y el miedo-castigo. Controló el sentir terrenal y celestial de sus feligreses. Fue un ente mediador entre ambos mundos. Al unirse a las instituciones monárquicas se convirtió en su principal aliada. Ambas instituciones trazaron el plan de conquistar y evangelizar los territorios de ultramar. Así, los siglos de dominación de la moral y del comportamiento de los pobladores originarios y llegados al continente americano, crearon una sociedad ante los ojos de Dios y del Rey, a imagen y semejanza de la metrópoli. La Iglesia amenazaba con el infierno y la Corona con la cárcel.[3]

A través de sus arzobispados, obispados, órdenes religiosas y demás instituciones, la Iglesia buscó normar y vigilar la convivencia de sus fieles. A lo largo de la vida colonial, los diferentes arzobispados se reunieron en Concilios Provinciales,[4] mientras que los obispados en Sínodos Diocesanos[5], ambos con el fin de ir perfeccionando su papel de pastores de la Iglesia. En estas reuniones se discutieron los más diversos asuntos del gobierno eclesiástico. Se reglamentó sobre el funcionamiento de las iglesias, los cabildos catedrales, los hospitales, los seminarios y las comunidades religiosas que hacían vida en las diferentes jurisdicciones de este continente; siendo la vía más expedita de supervisión de lo ordenado las visitas pastorales, cuyo fin era continuar el proceso de dominación de la moral y, evidentemente, del comportamiento de sus rebaños.

Las visitas pastorales se convirtieron en el mecanismo por medio del cual el prelado tenía la obligación de recorrer sus jurisdicciones, con el propósito de vigilar y regular el estado de sus dominios. Además de hacer sentir la presencia de la Iglesia y, por supuesto, su autoridad entre los fieles, y de manera firme al clero, a quien debía vigilar para que no cayese en la tentación de lo mundano y se desviase del servicio pastoral. Esta obligación formaba parte de sus responsabilidades, establecidas tanto en el Concilio de Trento[6] como en la Recopilación de los Reinos de Indias,[7] así como en la normativa de cada lugar. Con respecto al Concilio de Trento, en la sesión XXIV Decreto sobre la Reforma, en el capítulo III sobre "cómo han de hacer los obispos la visita", se indicaba que el propósito de las visitas realizadas por estos, o por los visitadores generales que nombrasen para tal fin, debía ser:

> (...) introducir la doctrina sana y católica, y expeler las herejías; promover las buenas costumbres y corregir las malas; inflamar al pueblo con exhortaciones y consejos a la religión, paz e inocencia, y arreglar todas las demás cosas en utilidad de los fieles, según la

> prudencia de los Visitadores, y como proporcionen el lugar, el tiempo y las circunstancias. Y para que esto se logre más cómoda y felizmente, amonesta el santo Concilio a todos y cada uno de los mencionados, a quienes toca la visita, que traten y abracen a todos con amor de padres y celo cristiano; y contentándose por lo mismo con un moderado equipaje y servidumbre, procuren acabar cuanto más presto puedan, aunque con el esmero debido, la visita.[8]

Tal como se indica, las visitas pastorales debían vigilar las buenas costumbres de los fieles y corregir los comportamientos que estaban en contra de los preceptos de la iglesia y por supuesto de la moral. Además de fortalecer la doctrina católica, siendo importante mantener un buen trato con los habitantes de los lugares a los que se visitaba. Ahora bien, con respecto a las visitas a las iglesias, el Concilio de Trento señaló que eran los obispos u arzobispos los encargados de la administración de los sacramentos, la supervisión de los ornamentos, la revisión de las rentas, de los bienes y de la fábrica, velando que los ingresos se invirtiesen en beneficio de la iglesia.[9] De ahí la importancia de que el prelado realizara las visitas pastorales a sus jurisdicciones eclesiásticas, por cuanto la administración de los bienes de la iglesia bajo responsabilidad del cura, también recaían en él.

Para el año 1803, la Diócesis de Mérida de Maracaibo[10] estaba bajo el gobierno eclesiástico de Santiago Hernández Milanés (1750-1812),[11] quien fue nombrado obispo por Carlos IV por Real Cédula del 14 de marzo de 1801. El 5 de julio del mismo año, fue preconizado por el Papa Pío VII.[12] Con 52 años de edad, llega a Mérida un 25 de septiembre de 1802.[13] A partir de ese momento toma posesión como el cuarto obispo de la diócesis. Su obispado se caracterizó por el orden y control de su jurisdicción. Comprendió que, entre su misión pastoral, debía:

> (...) velar por el buen funcionamiento de las iglesias, vigilar la labor pastoral de su clero y mantener a todas las vicarías, curatos y parroquias de su jurisdicción eclesiástica, por la conservación de los santos óleos, acondicionamiento de las iglesias, inventarios de los bienes eclesiásticos, la exposición del Santísimo, y todo lo que hiciese posible que cada feligrés recibiese el pasto espiritual y se mantuviesen en la fe de Dios.[14]

Estos aspectos forman parte de la vida parroquial, sobre el cual trata este artículo que se divide en dos apartados. En el primero, se analizará la importancia de las visitas pastorales como instrumentos de vigilancia y control; y en el segundo, desde la perspectiva de la historia cultural, se examinarán las visitas pastorales realizadas por el obispo Hernández Milanés a catorce parroquias de Mérida en 1803. El objetivo es comprender cómo, en su rol de pastor, legisló sobre el mantenimiento

de la vida parroquial haciendo énfasis en el registro de los sacramentos, la administración de los bienes de la Iglesia, además del comportamiento del clero ante sus feligreses, dado que podían alterar las buenas costumbres y el orden social, ya que un mal ejemplo del pastor podía influir negativamente en el rebaño.

2. La visita pastoral: herramienta de vigilancia y control

La Iglesia Católica, Apostólica y Romana, desde los primeros concilios, determinó entre sus obligaciones la vigilancia de su feligresía, además del control de sus acciones, por cuanto de ello dependía su existencia. Según el *Diccionario de Autoridades*[15] la palabra vigilancia es el cuidado y las atenciones que se dan a las cosas (y personas) que están a cargo de alguien, de ahí que la institución eclesiástica a través de los siglos haya establecido mecanismos para vigilar a sus fieles. En tal sentido, las visitas pastorales se instituyen como el proceso mediante el cual el prelado, cabeza de una diócesis o arquidiócesis, recorría sus dominios como expresión del:

> (...) ejercicio de autoridad más evidente y ostensivo que todo obispo católico debía efectuar sobre el territorio que tenía asignado. Mediante esta suerte de itinerario para la evaluación de las comunidades de su diócesis, el prelado no sólo se personaba ante los fieles como pastor y cabeza local de la Iglesia, sino que desplegaba su potestad sobre lo temporal y espiritual, inspeccionando, sancionando y, en su caso, reprobando el comportamiento y las costumbres de clérigos y laicos, la administración cotidiana de los recursos y bienes parroquiales, así como el cumplimiento y la ortodoxia de las prácticas sacramentales y las devociones populares.[16]

La cita anterior refleja la esencia de las visitas pastorales como una de las obligaciones de los prelados, con la intención de, primero, comprobar *in situ* de qué manera se llevaba la administración de la vida temporal y espiritual en sus dominios; segundo, controlar por medio de disposiciones el manejo de los bienes eclesiásticos y el comportamiento de su feligresía; y tercero, hacer sentir su presencia, por ende, su poder como dignidad eclesiástica.

Estos elementos de vigilancia y control se van consolidando a lo largo de los años, siendo el Concilio de Trento el instrumento más efectivo para el cumplimiento de las visitas pastorales. Por cuanto, era el *corpus legis* que regulaba la función que tenían los obispos sobre la realización de las visitas y, además, les otorgaba la potestad de ejercer su autoridad ante cualquier transgresión a las normas y las buenas costumbres que debían llevarse en cada una de sus jurisdicciones. Siguiendo a Agustín Moreno: "La visita está ordenada no al provecho propio sino al bien y mejora del pueblo cristiano; además cumple con

acercar el obispo a su pueblo, pues la predicación, el contacto personal, las exhortaciones, correcciones y reformas, reportan innumerables bienes incalculables a la Iglesia".[17]

No se debe olvidar que la Corona también hizo énfasis en la importancia de las visitas pastorales. La Iglesia, apegada a su dogma, cumplía con la obligación de enseñar la religión y controlar el comportamiento social, lo que beneficiaba a ambas instituciones. El imaginario que se va consolidando a través de los siglos de dominación española en América estuvo de la mano de la religión cristiana, lo que permitió la convivencia de una sociedad estratificada en donde el color de la piel y el origen étnico eran importantes; de ahí que, el papel de la iglesia fue decisivo para apaciguar los cuerpos y disciplinar las conductas.

Se puede apreciar, cómo una obligación pastoral meramente religiosa terminó teniendo diversos beneficios de un orden social. A través de los libros parroquiales, por ejemplo, es posible conocer el número de fieles de una jurisdicción eclesiástica en una época determinada, dado que en ellos se registran los sacramentos, que representaban la evolución vital de la población. Además, las visitas pastorales, contenían una descripción detallada del estado de conservación de los bienes, y las cuentas de la iglesia; servían para supervisar el desempeño de los párrocos en su función pastoral, corrigiendo o reprendiendo comportamientos en perjuicio de la Iglesia; vigilaban la conducta de los fieles en relación con el matrimonio, y la importancia de las buenas costumbres. Las disposiciones decretadas en los autos de visitas tenían el objetivo de fomentar una vida parroquial ejemplar en beneficio de la feligresía.

Así entonces, las visitas pastorales a las parroquias de Mérida en 1803, durante el obispado de Santiago Hernández Milanés,[18] se encuentran en los libros parroquiales. Fue una constante que los autos de esta obligación pastoral se asentaran en los libros de bautismo de los españoles, detallando las fechas de revisión de los libros sacramentales y las cuentas de fábrica; además de las normas que el obispo consideraba que se debían cumplir para el mejor funcionamiento de la vida parroquial.

Es importante señalar, el valor que se le daba a los autos realizados por los prelados antecesores que habían realizado las visitas pastorales, por ende, la necesidad de conservación de los libros. Lo que evidencia, la vigilancia y el control sobre el desempeño no sólo del cura, sino de todo aquel que formaba parte de la parroquia. Un ejemplo de ello es la nota inserta en el libro de bautismo[19] de la Parroquia San Jacinto de El Morro que indica lo siguiente:

> f. 124 r./ (...) Haviendose reconocido un quaderno antiguo de bautismo y casamientos q*u*e corrió a principios del siglo de año séptimo en el

> cual se halla un auto de visita de este pueblo que se titulaba Mucubache del Valle de las Acequias en veinte y uno de en*er*o de mil y seiscientos veinte y tres por el Il*ustrísi*mo Señor D*o*n Fernando Arias de Ugarte, arzobispo que fue de Santa Fe a donde pertenecía este territorio en donde lo recibió el Presbítero D*o*n Gabriel de Monsalve, Cura de d*ic*ho pueblo, en el qual d*ic*ho arzobispo explicó los misterios de la santa fe, sirviendo de intérprete para los yndios el d*ic*ho cura y para la publicación del edicto de visita q*u*e publicó el Notario sirvió de intérprete el casique Don Juan yndio ladino; mandamos que conserve el libro que comenzó a correr a principios del siglo décimo octavo y se concluyó a julio de mil setecientos veinte y seis, se agreguen al otro libro de bautismos y comenzó a correr en /f. 124vto./ trece de octubre del mismo año de setecientos de veinte y tres y se concluyó en enero de cuarenta y seis, para que de este modo se conserven mejor y no se acabe de perder por estar los dos sin pergamino. Así lo dixo S*u* S*eñoría* Il*ustrísi*ma, mandó y firma Ut Supra.
>
> Santiago Obispo de Mérida de Maracaybo
> [Firmado y Rubricado][20]

La cita anterior expresa tres elementos clave en la historia parroquial. El primero, que la Parroquia San Jacinto de El Morro fue visitada por Fernando Arias de Ugarte,[21] obispo de Santa Fe de Bogotá, jurisdicción a la cual pertenecían estos territorios andinos antes de la creación de la Diócesis de Mérida de Maracaibo en 1778, dejándose constancia qué párroco recibió al obispo y las actividades que se realizaron. El segundo, que la parroquia era mayoritariamente de población indígena, lo que hizo necesario la presencia de un indio ladino que sirviese de intérprete entre el obispo, el párroco y el pueblo. Y el tercero, expresa la importancia de conservar los libros, documentos que en un futuro formarán parte del archivo parroquial. Sobre estos aspectos y otros de la vida parroquial, damos cuenta de seguidas.

3. La vida parroquial merideña en las visitas de Santiago Hernández Milanés

La visita pastoral de Hernández Milanés a la jurisdicción de Mérida,[22] comenzó el 23 de mayo de 1803 en la parroquia El Sagrario. Tal como era costumbre, el obispo visitó la Iglesia Catedral y el despacho parroquial, revisando los libros sacramentales, de cuenta, de cofradías, entre otros. Una vez inspeccionados junto al párroco y a su secretario de visita, en el libro de bautismo se registró el auto de la visita en los términos siguientes:

> f. 617 vto./ Nos Don Santiago Hernández Milanés por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, obispo de Mérida de Maracaibo y del Consejo de Su Magestad.

> Visto este libro de bautisados de la Iglesia Parroquial de la ciudad de Mérida que dio principio en tres de octubre del año pasado de mil ochocientos uno y (f. 618 r.) al presente rige, en el que no hemos notado falta de consideración, pues que las partidas están entendidas y según y conforme la práctica observada en esta Diócesis. En lo sucesivo se habrá de guardar exactamente en los particulares siguiente (...).[23]

Este estilo o encabezamiento para los autos de visita fueron una constante. Interesante es el hecho de que se indica que se ha cumplido el registro de los bautismos, en este caso, además de hacer énfasis en que se mantienen de acuerdo con las normas de la Diócesis. Es importante mencionar que, Fray Juan Ramos de Lora,[24] segundo obispo de Mérida hizo una pastoral sobre cómo debían llevarse los libros parroquiales, lo que parece que se cumplió. Sin embargo, Hernández Milanés consideró que debían hacerse mejoras en los procedimientos.

Sus ordenanzas permiten comprender la importancia de los libros parroquiales, no sólo como control acerca de los hechos vitales del ser humano (nacimiento, matrimonio y defunción), sino por el valor histórico de los mismos, ya que evidencian el papel de la Iglesia como institución encargada de manejar el número de habitantes de sus jurisdicciones y, por ende, el número de súbditos de la corona.[25]

De las once órdenes dadas por Hernández Milanés se puede colegir la importancia de los libros parroquiales. Resalta el énfasis que hizo sobre la buena letra y la calidad de la tinta; el evitar las abreviaturas, además de que quedasen registrados los nombres de los abuelos paternos y maternos del bautizado, para facilitarle a quienes, por su calidad y distinción, quisieran saber sobre su genealogía, elemento fundamental que reafirmaba el peso de ser de una buena familia. También estableció la elaboración de índices alfabéticos como una forma de agilizar la búsqueda de la partida. Se está ante una disposición que va más allá del mero cuidado de los libros, resaltando el valor que contiene cada uno de ellos para el uso de los fieles que, a fin de cuentas, son a los que se deben los párrocos.

Sobre el bautizo ordenó el aporte que debían hacer los padres, manteniendo, incluso, la costumbre de que al niño o la niña se le asignara un nombre de santo o santa de acuerdo con el Concilio de Trento, entendiéndose, además, la importancia de los nombres cristianos en una sociedad en la cual la religión regía el comportamiento social. Indica la necesidad de que siempre la partida estuviese firmada y se efectuase el sacramento a los 8 días de nacido el párvulo o la párvula. El bautizo debía realizarse en la iglesia, a menos que la necesidad (por enfermedad con posible muerte del infante) así lo requiriera.

Una orden que refleja la concepción de mayoría de edad de la época fue la que establecía que no podían ser padrinos los varones menores de 14 años, y madrinas las hembras de 12 años. Este dato es

importante porque en la legislación indiana se contemplaba que la mujer podía casarse y procrear al cumplir los 12 años, y los hombres podían contraer nupcias desde los 14 años. A partir de esa edad se les consideraba aptos para asumir responsabilidades.[26] Finalmente, indicó la necesidad de adquirir paños, velones y cajas para el óleo, además de la importancia de arreglar la pila bautismal. Esto demuestra su preocupación por el adecuado cumplimiento de las responsabilidades de la parroquia, haciendo hincapié en la limpieza y el cuidado de la lencería y los enseres para el culto.

Siguiendo con su visita pastoral, el 24 de mayo se enteró de la existencia de "(...) muchos matrimonios nulos, muchos incestos muchos sacrilegios, muchos juramentos falsos; consiguientes todos estos males al abuso introducido de explorar ante notarios ó testigos las voluntades de los novios parientes que llenos de pudor callan el comercio ilícito".[27] Situación que se venía agudizando por el arancel que debían pagar los contrayentes: dos pesos por la exploración de voluntades; y entre dos a cuatro reales por el consentimiento del padre.[28] Razón por la cual, ordenó que cualquier feligrés que quisiera casarse podía recurrir al párroco. Éste realizaba la exploración de voluntades por separado, y luego formaba expediente por la cópula ilícita que hubiere. Además, debía solicitar a los padres de los pretendientes el consentimiento, hacer las averiguaciones de parentesco y enviar esos recaudos para que el obispo otorgara la dispensa matrimonial.

Los aranceles, para el caso de los consentimientos, serían los mismos que se recibían por los bautizos y confirmaciones. Si ambos pretendientes eran acaudalados, o en su defecto, lo era uno de ellos, debían pagar multas que eran destinadas para las obras piadosas del obispado.[29] De lo contrario, si los "(...) pretendientes a la dispensa fueren pobres de solemnidad todas las diligencias se harán gratis a ecepción del papel y aportes de correo quando sea necesarios y es nuestro ánimo que trabajen por sí mismos en las obras, en el cuido y arreglo de las Iglesias".[30] Con el fin de prevenir fraudes, el párroco estaba obligado a especificar en la certificación la condición de pobreza o no de los pretendientes.[31] Esta medida era fundamental para asegurar que los aranceles recibidos se destinaran a las obras piadosas administradas por el obispado. Además, se establece que los feligreses que carecían de medios para cancelar las costas tenían la obligación de ofrecer sus servicios para el mantenimiento de las iglesias parroquiales, convirtiéndose entonces, en una forma de sustituir el arancel por servicio personal.

Santiago Hernández Milanés prosigue su visita a las parroquias del sur de la ciudad de Mérida, llegando el 18 de junio a la Parroquia de San Buenaventura de Ejido. Visitó la iglesia y comenzó con la revisión de los libros parroquiales. Se registró en el libro de bautismo, tal como era costumbre el auto de visita. El contenido cumplía con la formalidad

característica y con los lineamientos generales que ya habían indicado en la visita del Sagrario. Sin embargo, anexó otras órdenes, entre las que resaltan:

> /f. 43vto./ 4° El párroco tendrá cuidado al tiempo de examinar a los feligreses en la doctrina en instrucciones en la materia y forma del bautismo, principalmente a las comadres y demás /f.44r./ mugeres que suelen asistir a los partos para que de este modo se pueda remediar aquella urgentísima necesidad sin exponer el sacramento a nulidad y a la criatura a perder el alma.
>
> (...)
>
> /f. 44r./ 10° Que se consagre el agua de la pila todos los meses, o antes si se corrompiera. 11° Que se haga un estante a costa de la fábrica p*ar*a que sirva de archibo para custodiar los libros parroquiales (...) 12° Que se costeen por la fábrica otros dos libros parroquiales, fuera de este: en el primero se apuntarán las partidas de bautismo de blancos, yndios y mestizos, expresándose en respecto de los yndios la doctrina en donde pertenecen y dando aviso p*o*r medio de una certificación con inserción de partida al propio párroco p*ar*a q*u*e éste la asiente donde corresponde. El otro libro servirá sólo p*ar*a los esclavos en q*u*e deben expresarse además de las cláusulas arriba dichas los nombres de sus amos. Y este en que se llevarán las partidas de mulatos, zambos y negros libres, expresándose si alguno de estos son libertos. De modo que siempre han de correr tres libros parroquiales bautismales, el primero de blancos, el segundo de gente común y el tercero de esclavos, cada uno de /f. 44vto./ ellos encabezado con este nuestro decreto y auto de visita q*u*e copiado lo autorizará el párroco.[32]

El decreto de monseñor Hernández Milanés evidencia su clara intención de que la administración parroquial mantuviera una relación directa entre los feligreses y la doctrina cristiana. Al mencionar la importancia del bautismo para los infantes en peligro de muerte, el auto de visita subraya el riesgo de que "el alma se pierda", destacando así el rol de las parteras. Este aspecto trasciende el espacio temporal y se inserta en el ámbito de lo espiritual, en donde el sentido de la muerte y la trascendencia del alma, al estar o no bautizada, se veían afectados. Pues, el rito del bautismo, que salva del pecado original, expresa la obligación de quien, en ausencia del párroco, debe asistir al recién nacido en el momento de su muerte, asegurando su "buen morir". El Concilio de Trento, en el canon IV de la Sesión VII *Decreto sobre los sacramentos*, indica lo siguiente: "Si alguno dijere que el bautismo, aun el que confiere los herejes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con intención de hacer lo que hace la Iglesia no es verdadero bautismo, sea excomulgado";[33] quedando claro que lo importante ante una necesidad es cumplir como cristiano.

También, en el decreto bajo análisis, el prelado expresó que para la conservación de los libros parroquiales la iglesia debía adquirir a sus expensas un estante para su resguardo. Reiteró la necesidad de un

archivo parroquial para un mejor manejo de la información sacramental; decretó el uso de tres libros de registro separados para los bautismos de los blancos, la gente común y los esclavos. Esto devela la jerarquización social de la Mérida colonial, independientemente de que todos debían recibir los sacramentos. Se hizo hincapié en la obligación de registrar en la partida, a qué doctrina pertenecían los indígenas, quiénes eran los dueños de los esclavos y la condición de libertos de los zambos, los mulatos y los negros libres. Estos matices dan cuenta de una sociedad donde el origen étnico y el color de la piel marcaban la diferencia, de ahí que se debían vigilar y controlar.

Monseñor Hernández Milanés, llegó a la parroquia de San Juan Bautista de San Juan Lagunillas el 22 de junio de 1803. Una vez revisado los libros parroquiales, en el de bautismo observó:

> /f.180vto./ q*u*e se lleban en primer lugar las partidas de bautismo de toda casta de gentes sin distinción alguna, en segundo /f.181r./ los casamientos; y en tercero los entierros, todo baxo el mismo método, y q*u*e a más de ello se hayan agregadas algunas foxas extrañas de algunos documentos y otras foxas blancas en las que actualm*en*te corren las partidas de bautismo; para remediar estos males y q*u*e en el o sucesivo se lleve el asiento de las partidas con el método y claridad que corresponde, se mande se guarden los particular*e*s siguientes (...).[34]

Se encontró con una parroquia donde los registros de las partidas de bautismo no se llevaban según lo acostumbrado, amén de la inexistencia de libros de bautismos por separado. Por lo que, para remediar esta situación ordenó que, desde ese momento, se cuidase la forma de la escritura y la calidad de la tinta; que en la redacción de las partidas se incluyeran los nombres completos de los padres, los abuelos y los padrinos. Ordenó que a costa de la fábrica se comprasen tres libros para que se asentaran las partidas de bautismo, de matrimonio y de entierros por separado.[35] Igualmente, consideró necesario que quedase registrado el modelo de cada una, a los fines de que el párroco en función, o los siguientes que administrasen la parroquia, tuviesen claro el formato que debían seguir. Como un ejemplo de lo señalado, se transcribe cómo debía redactarse la partida de bautismo:

> /f. 182 r./ En este pueblo de S*a*n Juan a veinte y dos de junio de mil ochocientos tres, D*on* N de N bautisé solemnemente a un Niño q*u*e nació el día N de este mes y se le puso por nombre N es hijo leg*íti*mo de N de N, natural de la ciudad de Mérida y de N de N de este pueblo. Abuelos paternos N de N natural de La Grita y de N de N de San Cristóval. Maternos N de N natural de Tabay, y N de N de Mucuchíes. Fue su padrino N de N /f. 182vto./ de este vecindario (o el de Mérida y otro), al que advertí el parentesco espiritual y obligación de enseñarle la doctrina cristiana. Para que conste lo firmo.[36]

En esta visita quedaron establecidas algunas disposiciones para los casamientos, como, por ejemplo, nadie podrá casarse sin velarse en la misma ceremonia, tomando en cuenta los tiempos prohibidos por la iglesia; o si estuviesen en proceso de proclamas o dispensas deberán velarse dentro de los 15 días, o pagar una multa de cinco pesos. Si hubo dispensa en la partida debía indicarse el grado del parentesco entre los contrayentes; así como el día, el mes y el año de la autorización nupcial.[37] En otra disposición indicó que: "f.183vto./ habrá un libro separado p*ar*a los matrimonios secretos y de dispensas e impedim*en*tos ocultos que algún día pueden hacerse públicos, q*u*e el párroco custodiará con sumo cuidado, pues conviene en estos asuntos se proceda con mucha cautela".[38] Esta orden puede demostrar que hubo uniones matrimoniales con un parentesco tan cercano que trascendía las dispensas y aprobaciones establecidas por el Concilio de Trento; de ahí que debían ser registradas en un libro de matrimonio aparte, custodiado por el párroco. El objetivo de este registro separado era resguardar la privacidad de estos casos, puesto que, si se hicieran públicos, podrían tener graves consecuencias para los contrayentes; además de evidenciar que la iglesia transgredió sus propias normas.

Monseñor Hernández Milanés, tuvo claro que sus feligreses podían caer en la tentación de la carne, así que, en el auto de visita bajo examen, dispuso: "(...) en el instante q*u*e sepa el cura que está concertado algún matrimonio, amonestará habida proporción a los novios q*u*e no se visiten, y a los padres q*u*e no les permitan verse y menos q*u*e estén solos por el grande peligro de pecar a que se exponen con este motivo".[39]

Su papel de pastor, le hizo legislar en todos los ámbitos a fin de que sus fieles mantuviesen un comportamiento adecuado. Se está ante la presencia de un obispo que conoce una realidad y debía tener información que muchas mujeres, bajo palabra de matrimonio, tenían trato carnal con sus pretendientes. Por lo que en el párroco recaía la responsabilidad espiritual de vigilar que la pretendiente cuidase su virginidad, y que los padres protegiesen el honor de sus hijas, por ende, la honra familiar.

El decreto de auto de visita bajo análisis estableció diversas regulaciones para los entierros. Por un lado, especificó que se debía colocar una cruz grande en la sepultura de los adultos y una pequeña en la de los niños. Por otro lado, prohibió los entierros antes del amanecer o después del anochecer sin la autorización previa del obispo o provisor. Además, se estipuló que los cuerpos debían ser enterrados después de veinticuatro horas del fallecimiento, salvo en casos de muerte repentina, en los que la espera se prolongaría a cuarenta horas. Esta medida, según la explicación del prelado, buscaba prevenir accidentes fatales por impericia, basado en experiencias previas.[40]

Con respecto al entierro de los infantes, dispuso que: "(...) habrá un sitio destinado p*ar*a enterrar los párvulos y estos aun deberán enterrarse antes de las veinte horas, procurando el párroco executarlo con puntualidad para quitar el abuso introducido de tener bayles y velorios en la casa con estos motivos".[41] Esta costumbre fue duramente prohibida por la iglesia, puesto que iba en contra del respeto hacia el alma del difunto, en este caso del infante, pero la realidad parece indicar que la práctica se había mantenido, al punto que en la misma disposición se señaló que el párroco podía recurrir al auxilio real. Se sigue evidenciado, a través de la visita a San Juan de Lagunillas, la importancia de la vida parroquial en función del comportamiento de la feligresía, pues el objetivo era mantener la casa en orden, procurando que los habitantes cumpliesen con las normas de una iglesia que se preocupaba por la convivencia en la fe. No se puede olvidar el papel de los párrocos en el cumplimiento de los sacramentos, que, en última instancia, mantenían el orden social.

La visita pastoral sigue a la Parroquia de San Apóstol de Lagunillas. El 23 de junio, el obispo Milanés revisó los libros y comprobó que se estaban llevando de acuerdo con lo dispuesto. Pero en auto dispuso algunas disposiciones para mejorar el orden, que eran las mismas que había decretado en las otras parroquias visitadas. [42] Al final del documento expresó:

> (...) mandamos sean guardados y cumplidos en todas sus partes con toda escrupulosidad por el párroco que al presente es o en adelante fuere propietario o interino de este pueblo de Lagunillas, que resulta su observancia ventajas y utilidades conocidas para el régimen y buen gobierno de la feligresía y a los fieles, y en ello le encargamos la conciencia (...).[43]

Tanto el párroco como los fieles tenían la obligación de hacer cumplir las órdenes de su superior, a quien le correspondía velar por su rebaño y mantener a cada uno bajo los preceptos de la Iglesia. Se crea así un binomio entre el cura y sus feligreses para hacer de la convivencia en la fe un buen gobierno.

Mucho más al sur de la ciudad de Mérida, Hernández Milanés llega el 1º de julio a la parroquia de Santa Rita de Pueblo Nuevo (conocida en la actualidad como Pueblo Nuevo del Sur). En su auto de visita registrado en el libro de bautismo, indicó lo siguiente:

> f. 127vto./ Visto este libro con los demás parroquiales de este pueblo, y hallando en ellos que el actual párroco que lo sirve desde el año de mil setecientos setenta y tres, ha llevado el asiento de todas las partidas con todo el orden y método que corresponde, en que se advierte el cuidado y exactitud en el cumplimiento de sus obligaciones dándole como le damos las gracias, aprobamos las partidas que hasta hoy se encuentran

> y le encargamos que continué con su ministerio pastoral con el mismo zelo en beneficio de las almas. No obstante, para que en lo sucesivo haya más claridad que la que hasta ahora se ha acostumbrado se observarán los particulares siguientes (...). [44]

También la actuación de los párrocos merecía elogios. Consciente el obispo de que una buena administración parroquial iba siempre en beneficio de los feligreses, dejó constancia del buen desempeño del cura en el registro de las partidas y el orden con el que llevaba sus libros. Claro está, para mejorar lo que se llevaba, decretó las mismas disposiciones que venía indicando a lo largo de su visita pastoral en la jurisdicción de la Mérida de 1803. La intención era que desde ese momento se uniformara el contenido de las partidas, así como otras órdenes en beneficio de la iglesia parroquial.[45]

Dos días después, se encontraba en la parroquia de San Antonio de Acequias, luego de visitar la iglesia, revisó los libros parroquiales de bautismo, de matrimonio y de entierros. Entre sus disposiciones destacó: la necesidad de que se escribiera en el libro de bautismo, sin abreviatura los nombres del padrino, cuando sea uno sólo; si son dos, siempre deben ser hombre y mujer conforme al Concilio de Trento. En el libro de entierros, debía indicarse si el difunto recibió los santos sacramentos, y si no los recibió se registraría la causa. Ordenó que se formase un libro copiador de órdenes y decretos y superiores. En el auto también se mencionaron las disposiciones de las parroquias ya visitadas.[46] Lo que evidencia que la intención era uniformar los procedimientos eclesiásticos.

En pleno desarrollo de su visita pastoral, el 4 de julio, Hernández Milanés ya se encontraba en la parroquia de San Jacinto de El Morro. Una vez revisado los libros sacramentales procedió a dictar el auto, el cual contenía las reglas generales sobre el manejo y cuidado de los libros parroquiales;[47] ordenó que para el caso de los entierros: "/f.123 vto./ se expresará en las partidas los que han hecho testamento, que mandas pías, o limosna hayan dejado".[48] Cada nueva disposición va demostrando lo complejo de la vida parroquial que les permitía a los curas un control sobre sus feligreses, así como establecer el cuidado en las últimas voluntades de sus fieles en cuanto al testamento, las obras pías y las limosnas que la mayoría de las veces beneficiaban al clero. Fue común dar primicias o dejar bienes o dinero a la Iglesia con el compromiso de las misas y un rezo por el descanso eterno del alma del difunto. De ahí que conocer esas prerrogativas contribuía al ingreso eclesiástico.

Al salir de las montañas del sur de Mérida, se dirigió a la parroquia San Antonio de Padua de Chiguará. El 20 de julio cumplió la visita pastoral, tal como lo venía haciendo. Registró en el libro de bautismo su auto de visita, sin agregar nueva disposición.[49] El 1º de agosto llegó a la

parroquia de San Miguel Arcángel de Jají. En dicho lugar visitó la iglesia y, junto al párroco, realizó la respectiva supervisión de los libros parroquiales. El decreto de la visita quedó registrado en el libro de bautismo, tal como se acostumbraba.[50] En el mismo libro se asentó una nota del cura señalando las correcciones de las partidas, tal como le fue ordenado, dejando constancia con su firma, el 6 de agosto del mismo año.[51]

Días después, retornó a la ciudad de Mérida. Ahí dirigió dos autos, con fecha 23 de agosto de 1803, a los vicarios y jueces eclesiásticos de La Grita[52] y de Trujillo.[53] En ambos anunció que pronto iría de visita pastoral por todo el obispado (ya estaba en la visita de Mérida). Con la intención de encontrar las iglesias arregladas y todo lo necesario para su inspección, exhortó a los párrocos, los capellanes y los mayordomos que tuviesen al día las cuentas y demás emolumentos de los últimos cinco años. Por cuanto: "/f. 3vto./ tendrán un ynvent*ari*o formal de todas las yglesias, capillas, y oratorios con separación de lo q*u*e pertenezca a fábrica, cofradías y otras obras pías el qual han de tener el duplicado p*ar*a quedarse con uno y presentar el otro".[54]

Los referidos autos que anunciaban la visita permitían que los párrocos, los capellanes y los mayordomos tuviesen el tiempo necesario para organizar los libros parroquiales o de cuentas, según fuese el caso. Amén de tener las rentas al día, le facilitarían al obispo la revisión de estos. Destacándose además el control sobre las rentas que debían dedicarse a la manutención del Seminario, pues era obligación de todos los eclesiásticos ayudar en su funcionamiento, razón por la cual se pedía que los colectores tuviesen los recibos en donde constara la ayuda al Seminario de San Buenaventura de Mérida, disposición que se venía cumpliendo desde 1785. Y de no tenerlos debían entregar el aporte durante la visita.[55]

Monseñor Hernández Milanés, en el mes de noviembre, retomó la visita pastoral hacia el norte de la ciudad de Mérida, específicamente a la parroquia de San Antonio de Tabay. En dicho lugar recorrió la iglesia y visitó los libros sacramentales, ordenando para su mejor cuidado las mismas disposiciones que había indicado en las demás parroquias visitadas de la jurisdicción merideña, las cuales quedaron plasmadas en el libro de bautismo con fecha de 16 de noviembre de 1803.[56] En la continuación de su visita pastoral, el 21 de noviembre, a las 10:30 de la mañana, llegó a la parroquia de la Inmaculada Concepción de Mucurubá. En el libro de bautismo se reseñó su presencia en estos términos:

> /f. 65r./ fue recibido en las puertas de la Yglesia parroquial por el párroco doct*rin*er*o* Don Agustín Aurelio de Yzarra, donde arrodillado S*u* S*eñoría* Il*ustrísi*ma beso su santa cruz y continuó con las demás ceremonias q*u*e previene el pontificial romano y visitó el S*antísi*mo Sacramento, bautisterio, altares, yglesia y sacristía, inventarios, padrones y libros parroquiales y mandó lo siguiente (...).[57]

El párroco de Mucurubá tuvo cuidado en describir el momento de la llegada del obispo Hernández Milanés, dejando por sentado los lugares y libros revisados durante su visita, puesto que, tal como se ha señalado, la visita tenía como finalidad la supervisión de la parroquia. Se presume que ya el cura doctrinero debía tener todo organizado para recibir al prelado diocesano. De ahí que las disposiciones generales correspondían con lo que había ordenado para las demás parroquias visitadas de su jurisdicción.[58]

Mención especial amerita el hecho de que el prelado visitó la capilla de San José, ubicada en el pueblo, ordenando que se le colocaran al santo las vestiduras adecuadas. De igual manera, dispuso que: "/f. 65r./ patrón titular de la yglesia San Agatón se coloque en un lugar preferente a qualesq*uie*ra /f.65vto./ otro santo. Y habiéndolo hallado todo como se debe S*u* S*eñoría* Yl*ustrísi*ma dio las gracias al padre cura, con lo que terminó la santa visita a dicho pueblo de Mucurubá."[59]

Entre otras disposiciones anexas al libro y realizadas después de cerrar la visita, está la exhortación al cura para que fomentara entre sus fieles la fiesta de San Agatón, como santo principal de la parroquia. Al mismo tiempo, resaltó la necesidad de recolectar las rentas por concepto de cofradías y obras pías, llevándose el control en un libro de cuentas por separado.[60]

Siguiendo con la visita pastoral, visitó la parroquia de Santa Lucía de Mucuchíes, aunque no se encontró el libro de bautismo de españoles, en el cual se anotaba el auto de visita pastoral, en el libro de bautismo de indios de la parroquia correspondiente a los años 1788-1808, quedó inserta la nota siguiente: "Visitó S*u* S*eñoría* Yl*ustrísi*ma este libro de Bautismo de los Yndios del pueblo de Mucuchíes y se decretó el auto q*ue* se registra en el de bautismos de españoles vecinos al folio 31 b*uel*to certifico. D*oct*or D*o*n Juan J*ose*ph de Mendoza. Vices*ecretari*o de Cámara y de Visita."[61]

La anterior nota también se encuentra inserta en el libro de matrimonio y defunción[62], lo que comprueba que sí se efectuó la visita. El 27 de noviembre, llegó a la parroquia de la Santísima Trinidad de Pueblo Llano. El párroco lo recibió a las puertas de la iglesia. Visitó el Santísimo Sacramento, los santos óleos, la sacristía y los demás ornamentos y altares. Luego de practicadas las ceremonias de rigor, se levantó el auto de visita con las disposiciones generales a las ya acostumbradas, haciéndose hincapié en cómo debían llevarse los libros sacramentales.[63] Al día siguiente, monseñor Hernández Milanés confirmó a los indios tributarios y vecinos agregados a la parroquia, anexándose en el mismo libro de bautismo los nombres junto al de sus padres y padrinos. Esta ceremonia fue importante por la cantidad de fieles que cumplieron con el sacramento de la confirmación, aprovechando la visita pastoral y tomando en cuenta que sólo el prelado podía realizarla.[64]

Culminó la visita de su jurisdicción merideña, el 7 de febrero de 1804, en la parroquia de Santa Lucía de Timotes. En el libro de bautismo se dio cuenta de ello:

> /f. 92vto./ la principió por la Santa Yglesia en cuya puerta principal puesto de rodillas bezó la santa cruz q*u*e la administró el párroco B*achiller* D*on* Francisco Calles con el incienso y el agua bendita, y practicada las demás ceremonias del pontifical romano, subió al altar mayor, dio la bendición del pueblo, se celebró la misa p*o*r el d*ic*ho párroco, y después de concluida la visita de los santos óleos y procesión, administró el santo sacramento de la confirmación y luego se retiró a su casa episcopal y en vista de todo mandó lo siguiente.[65]

En esta parroquia, también quedó registrado en el libro de bautismo el momento de la visita del obispo, con los detalles de la celebración de la confirmación como ceremonia que vitaliza la fe en cristo, lo que refuerza el papel pastoral y la importancia de la visita. Se ordenaron las mismas disposiciones que a lo largo de sus visitas había decretado. Sin embargo, solicitó: que el arca se refuerce con lienzo fuerte; que los libros que están descuadernados se cosan juntos con las hojas sueltas para que no se pierdan; que se les coloquen los forros a los libros que no los tengan; que los vasos sagrados que se toquen en el sacramento se doren por el interior. Por último, indicó que estas mismas disposiciones se observen y cumplan para los libros del pueblo de Chachopo anexa a la de Timotes, siendo responsabilidad del párroco copiarlas en el libro respectivo. Como era común que un párroco administrara varias parroquias cercanas entre sí, tal vez por eso decretó que se hiciera lo mismo para Cachopo.[66]

Monseñor Hernández Milanés continuó la visita a la jurisdicción de Trujillo. Su labor pastoral le permitió recorrer tres veces la Diócesis de Mérida de Maracaibo. En cada una de las parroquias observó, revisó y legisló en beneficio de los fieles y para la consolidación de una vida parroquial a la que se debía.[67]

4. Conclusiones

Las visitas pastorales realizadas por monseñor Santiago Hernández Milanés, cuarto obispo de la Diócesis de Mérida de Maracaibo, a las parroquias de Mérida en 1803, son un reflejo de la importancia que la Iglesia concedía a la vigilancia y control de la vida parroquial. En dicha jurisdicción eclesiástica se desarrollaba una cotidianidad que debía ser la expresión de una sociedad apegada a la religión cristiana y a las buenas costumbres que la Corona deseaba para sus dominios en América.

Durante ese año, visitó 14 parroquias de la jurisdicción de Mérida,

ubicadas en una geografía diversa, con climas cálidos, templados y fríos. Por los nombres y la ubicación que se mantienen en la actualidad, aunque los libros parroquiales no lo registren, guardaban largas distancias entre sí. En todas, la población era étnicamente variada y, en la mayoría de ellas, la feligresía era mayoritariamente indígena. Esto destaca la importancia de la enseñanza de la doctrina y el control de los libros parroquiales, en los cuales debía mencionarse la calidad de los fieles.

Las visitas pastorales analizadas demuestran que la vida parroquial no sólo estaba destinada a la administración de los sacramentos y la doctrina, sino también fungía como un elemento de control social. Esto se observa en cada una de las disposiciones sobre los bautismos, matrimonios, entierros, entre otros. En las visitas pastorales, el obispo Hernández Milanés, hizo énfasis en supervisar los aranceles por los servicios sacramentales que realizaba el párroco, además de la necesidad de que quedasen escritas las últimas voluntades de los difuntos, las rentas de las cofradías y las obras pías. Razón por la cual, en sus autos decretaba cómo debían hacerse y llevarse las cuentas. Ello evidencia que lo espiritual no estaba divorciado de lo temporal, y la administración de los bienes también permitía el sustento del clero.

Finalmente, las visitas pastorales de monseñor Santiago Hernández Milanés develan que la parroquia funcionó como un centro de vigilancia y control de la sociedad merideña, influyendo directamente en la vida cotidiana de sus habitantes.

Notas

[1] Licenciada en Historia y *Magister* en Etnología: mención Etnohistoria en la Universidad de Los Andes (ULA, Mérida-Venezuela), Doctora en Historia, (UCV, Caracas), y Doctora en Ciencias Organizacionales (ULA, Mérida-Venezuela). Profesora asociada adscrita al Departamento de Historia de América y Venezuela en la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes (ULA, Mérida-Venezuela). Coordinadora adjunta del Grupo de Investigación de Historia Social y Económica de Venezuela (GIHSEV) de la ULA. Cofundadora de la Red Venezolana de Estudios Organizacionales (RED-VEO). ORCID: https://orcid.org/0000-0002-4140-9190

[2] Véase: Edda O. Samudio A.: *De la Ermita de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza al Convento de San Francisco de Mérida*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 2007 (Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 261), p. 12. De la misma autora véase también: (et. al). *Virtud, letras y política en la Mérida colonial*. San Cristóbal (Venezuela), Universidad Católica del Táchira, 1995, p. 49.

[3] Véase: Benedictus de Spinoza: *Obras completas*. Buenos Aires, El Ateneo, 1950.

[4] Véase: Enrique Dussel: *Historia de la Iglesia en América. Medio milenio de coloniaje y liberación (1492-1992)*. Madrid, Mundo Negro-Esquila Misional, 1992. Disponible en: https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/20120215100901/iglesia.pdf, p. 108. (Consultado el 13/08/2025). Consúltese, además: Juan Manuel Pacheco (et.al): *Historia general de la Iglesia en América Latina (Colombia y Venezuela)*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1981, Tomo VIII.

[5] *Ibid.*, p. 109.

[6] El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento (1545-1563), representó la respuesta directa de la Iglesia ante las reformas protestantes que estaban deteriorando su relación con el feligresado cristiano. Se convocó a una gran cantidad de arzobispos y obispos. Su desarrollo estuvo lleno de acontecimientos que derivaron en la sucesión de varios Papas. La fase inicial fue presidida por el Papa Paulo III; la segunda, fue convocada por el Papa Julio III; y la tercera fase, por Pío IV. El Concilio permitió definir los dogmas esenciales de la Iglesia en cuanto a las doctrinas, las bases teológicas y disciplinarias. Véase: Ignacio López de Ayala (Traductor): *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. París, Librería de A. Bouret y Morel, 1848.

[7] A finales del Siglo XVII, específicamente el 18 de mayo de 1680, el Rey Carlos II sancionó la *Recopilación de las Leyes de los Reinos de Indias*, obra en la cual se registró el marco jurídico, y, por tanto, es el instrumento legal de la dominación española sobre América. Dicho corpus, está formado por nueve libros, divididos en cuatro volúmenes que contienen 6.385 disposiciones entre: decretos, órdenes, autos, instrucciones, cédulas y provisiones; que, de acuerdo a su contenido, se agrupan en 218 títulos. A partir de su publicación y distribución, las autoridades reales en América contaron con una jurisprudencia capaz de gobernar, puesto que se caracterizaba por regir las esferas de la vida colonial, lo que permitió que cada virreinato y demás jurisdicciones política-administrativas las fuesen adaptando a su realidad. Tuvo vigencia durante los siglos de dominación española en América. Véase: *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias:* (4ta. Edición). Madrid, La Viuda de D. Joaquín Ibarra, 1791.

[8] Ignacio López de Ayala (Traductor): *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*..., p. 325.

[9] *Ibid*., p. 327.

[10] El 17 de febrero de 1778, el Papa Pío VII expidió la Bula *Magnitudo Divinae Bonitatis*, con la que se erigió la Diócesis de Mérida de Maracaibo. Véase: Baltazar Enrique Porras Cardozo: *El ciclo vital de Fray Juan Ramos de Lora*. Mérida (Venezuela), Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado, 1992, p. 56. La nueva diócesis comprendía: "…los pueblos de Maracaibo, Gibraltar, La Grita, Mérida, Barinas, Pedraza, Perijá, San Cristóbal y San Jayme, agregándosele las ciudades de Trujillo y Coro de la Provincia de Venezuela, y el pueblo de Pamplona y Parroquia de San José, perteneciente a Santa Fe". Antonio Ramón Silva (Compilador): *Documentos para la historia de la Diócesis de Mérida.* Mérida (Venezuela), Imprenta Diocesana, 1909, Tomo I, p. 18.

[11] Santiago Hernández Milanés, nació en la Villa de Mieza, Provincia de Salamanca, España, en 1750."El Señor Milanés era de mediana estatura, aunque

muy bien musculado: su color blanco rosado, el iris de su ojo de un azul claro, nariz aguileña, cabellos canos que contrastaban con la frescura de su agraciado rostro. En el acento de su voz se distinguía desde luego eso que llamamos ceceo, que establece notable diferencia entre el modo con que pronuncian el castellano los peninsulares y los americanos. De fino trato, de manera cultas, aseado en su persona y en su vestido, descubría a primera vista al hombre de buena sociedad. Véase: Ricardo Labastida: *Biografías de los Obispos de Mérida.* Mérida (Venezuela), Concejo Municipal del Libertador, La Imprenta, 1983, p 16. Sobre el gobierno del Obispo Milanés, se recomienda: Gabriel Picón Febres - Hijo: *Datos para la historia de la Diócesis de Mérida.* Mérida (Venezuela), Ediciones Solar, Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico de la Universidad de Los Andes, 1998. Muere Milanés el 26 de marzo de 1812 a causa del terremoto que destruyó parte de la ciudad y bajo los escombros del Palacio Arzobispal. Véase: Antonio Ramón Silva (Compilador): *Documentos para la ...* Tomo I.

[12] Véase: Juan Antonio Giordano Palermo: *Historia de la Diócesis de Mérida. Juan Hilario Boset (1842-1873),* Mérida (Venezuela), Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Historia, 1980. (Tesis de Grado. Mimeo), p. 37.

[13] *Ibidem*.

[14] Elizabeth Avendaño Cerrada: Don Santiago Hernández Milanés: entre lo divino y lo humano. En: Baltazar Enrique Porras Cardozo (et. al). *El patrimonio eclesiástico venezolano: pasado y futuro*. Caracas, Fundación Archivo Arquidiocesano de Mérida, Universidad Católica Andrés Bello, Konrad Adenauer Stiftung, 2007, Tomo I, pp. 23-24.

[15] Véase: Real Academia Española. Vigilancia. *Diccionario de Autoridades*. En: https://webfrl.rae.es/DA.html (Consultado el 02/09/2025)

[16] José María García Redondo y Salvador Bernabéu Albert: *Territorio, iglesia y sociedad. Francisco Antonio Lorenzana y su visita a la Arquidiócesis de México, 1767-1769*. Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio de Michoacán, 2022. (Serie Documental 34). En: https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/780/territorio_iglesia.html (Consultado el 02/09/2025)

[17] Agustín Moreno: *Poder espiritual y sociedad colonial. El Obispo Diego Antonio Diez Madroñero y su tiempo (1757-1769).* Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Comisión de Estudios de Postgrado Área de Historia (Tesis Doctoral), p. 118.

[18] También en la *Sección 62 Visitas Pastorales* del Archivo Arquidiocesano de Mérida de la Arquidiócesis de Mérida, que por los momentos no está disponible al público.

[19] Se ha de advertir que se utilizaron las normas de Transcripción de Washington de 1961, respetándose en términos generales la ortografía original del documento analizado y citado, despejándose las abreviaturas y colocándose los acentos que permitan una mejor lectura.

[20] Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. El Morro. San Jacinto. *Bautismo 1780-1812.* Imágenes 130 y 131. En: https://www.familysearch.org/ark:/

61903/3:1:S3HY-6SHS-ZPJ?wc=2VSH-YJB%3A31346901%2C33333401%2C33333402%2C33333403%26cc%3D1417520&lang=es&i=129&cc=1417520 (Consultado el 30/08/2025).

[21] Aunque aparece Fernando, su verdadero nombre era Hernando Arias de Ugarte, quien nació en Bogotá en 1561. Su desempeño le permitió ser: Oidor de las audiencias de Panamá en 1595, además de Charcas en 1597 y de Lima en 1603. Fue nombrado auditor de guerra en Aragón, Visitador de las minas de Potosí y gobernador de Huancavelica. Fue obispo de Quito en 1613, de Santa fe de Bogotá en 1616, de Charcas en 1625 y finalmente nombrado para el Arzobispado de Lima en 1628, convirtiéndose en el primer criollo en ejercer la mitra en Lima. Se caracterizó por ser obispo justo en sus apreciaciones y por mantener buenas relaciones con la Compañía de Jesús. Murió a los 76 años de edad en Lima. Véase: Real Academia de la Historia. Historia Hispánica. *Biografía de Hernando Arias de Ugarte*. En: https://historia-hispanica.rah.es/biografias/4524-hernando-arias-de-ugarte (Consultado el 2/09/2025).

[22] Sobre la fecha de erección de cada una de las parroquias mencionadas en este artículo se recomienda: Baltazar Enrique Porras Cardozo (Coordinador): *Fondos documentales del estado Mérida (S. XVI-XX): diagnósticos e inventarios.* Caracas, Alarcón Fernández Editor, 1995.

[23] Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. El Sagrario. Bautismos 1801 -- 1811. Imagen 121. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-XCZ3-JS2?wc=2VSH-YRJ%3A31346901%2C33581701%2C33953001%2C34077602%26cc%3D1417520&lang=es&i=120&cc=1417520 (Consultado el 30/08/2025).

[24] Véase: Baltazar Enrique Porras Cardozo: *El ciclo vital de Fray Juan Ramos de Lora*....

[25] El contenido de la ordenanza es el siguiente: f. 610 r./ 1° se escrivirán las partidas de buena letra y tinta, sin breviatura alguna, dejando margen a uno y otro lado y mas de un dedo de arriba y de abajo porque de este modo se conserven los libros mucho mejor y por mas tiempo. 2° se expresará en la partida el día del nacimiento del bautisado que deverá de serlo dentro de los ocho días de nacido, poniendo a todos nombres de santos según el Santo Concilio de Trento. 3° Deberán de comprehenderse en la partida los nombres de sus padres como hasta aquí se ha observado y *además sus respectivos abuelos paternos y maternos, su naturalesa y vecindad por resultar de esta distinción y claridad utilidad a los fieles que averiguaran su genealogía y descendencia,* entendiéndose la partida al punto que se haya /f. 618vto./ verificado el bautismo a presencia de los padrinos o padres, pagando por esta diligencia al párroco dos reales, por lo que se evita el olvido que pudiera ocurrir en asentarla. 4° Quando aconteciere haberse bautizado alguna criatura en caso de necesidad darán para el párroco para que este examine con sumo cuidado a la persona que hizo el bautismo, todo lo cual se relacionará en la partida con toda la distinción, pues que así se quitan todas absolutamente las dudas y graves incombenientes que puedan originarse: bautizando subconditione siempre que no esté bien cierto de la idoneidad de la persona que bautizó. Y por tanto nunca se bautizarán en casa

fuera de necesidad conforme exige Nuestra Santa Madre Yglesia. 5° No podrán ser padrinos de bautismo y confirmación en adelante los clérigos seculares, ni los regulares según la disciplina eclesiástica y synodales de este nuestro obispado, baxo la pena a los primeros de diez pesos de multa, y a los regulares pena de excomunión, a no ser que hayan alcanzado nuestra expresa licencia. Tampoco lo podrán ser lo no confirmados, los varones menores de 14 años, y las hembras menores de doce, porque en ellos /f. 619r./ comúnmente no se halla la capacidad y ciencia que se requiere para el desempeño de sus obligaciones de que se contrahen. 6° Se firmarán todas las partidas por el párroco, aun quando no sea este el que bautiza, en cuio caso habrá de haver dos firmas, la una del bautisante y la otra del citado párroco como legítimo y ordinario ministro de su feligresía. 7° Se hará en cada *libro Yndice de los bautisados desde esta nuestra visita por orden alfabético reservando para ello las foxas suficientes para de este modo facilitar el encontrar la partida o partidas que se soliciten;* dexando para otra ocasión mandar hacer el índice general de todos los libros parroquiales. 8° Serán examinadas todos los años las que exersen el oficio de parteras de sus obligaciones para los casos ocurrentes de necesidad. 9° Se limpiarán las crismeras y se harán dos punteros de plata para la administración de óleo y crisma; una bolsa decente para llevar el óleo de enfermos y además una caja pintada para los óleos procurando siempre tratarlos como corresponde y según / f. 619 vto./ el destino santo a que está aplicado. 10° Se hará también un salero de plata, media docena de *ilegible* o belón para poner sobre la cabeza de los bautisados igual número de pañitos para limpiar la cabeza, pecho, y espaldas ungido de los mismos y dos toallas grandes deviendo de ser todo de buena tela y desente y que todo se conserve con aseo y limpiesa como cosa de la iglesia. 11° Se baxará la altura de la pila bautismal una quarta por estar al presente bastante alta e incomoda para la administración y se pondrán llaves y cubierta sumidero y al propio bautisterio. Estos capítulos mandamos sean guardados y cumplidos con toda escrupulosidad por el párroco que es fuese de dicha Yglesia parroquial por redundar en /f. 620r./ observancia, ventajas y utilidades conocidas para el régimen y buen govierno de la misma feligresía y de sus individuos y al efecto le encargamos su consciencia. Nos dará parte de haverse executado lo comprehendido en los capítulos 9°, 10°, 11° para nuestra inteligencia Dado firmado y refrendado en Nuestro Palacio Arzobispal de esta ciudad de Mérida y su Santa Visita a veinte y tres días del mes de mayo de mil ochocientos y tres. Santiago Obispo de Mérida de Maracaibo [Firmado y rubricado] Por mandado de S*u* S*eñoría* Y*lustrísima* el obispo mi señor. Licenciado Julián Mela Secretario [Firmado][Negritas nuestras]. *Ibid*., imágenes 121-123.

[26] Véase: Guillermo Hernández Peñalosa: *El Derecho en Indias y su Metrópoli*. Bogotá, Editorial Temis, 1969, p. 248.

[27] Antonio Ramón Silva (Compilador): *Documentos para la historia de la Diócesis de Mérida*. Mérida (Venezuela), Imprenta Diocesana, 1909, Tomo II, p. 17.

[28] *Ibidem.*

[29] *Ibid*., p. 19.

[30] *Ibidem.*

[31] *Ibidem.*
[32] Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Ejido. San Buenaventura. *Bautismos 1799-1805*. Imágenes 47-49. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-DZ4Q-7GD?wc=2VSH-YVW%3A31346901%2C31647601%2C33150501%2C33155501%26cc%3D1417520&lang=es&i=48&cc=1417520 (Consultado el 30/08/2025).
[33] Ignacio López de Ayala (Traductor): *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*..., p. 92.
[34] Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. San Juan de Lagunillas. San Juan Bautista. Imagen 186. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-XC7W-S3S?wc=2V3F-BVX%3A31346901%2C45371601%2C31346403%2C45374301%26cc%3D1417520&lang=es&i=185&cc=1417520 (Consultado el 30/08/2025).
[35] *Ibid*., imágenes 186-187.
[36] *Ibid*., imágenes 187-188.
[37] *Ibid*., imágenes 188-189.
[38] *Ibid*., imagen 189.
[39] *Ibidem.*
[40] *Ibid*., imagen 190.
[41] *Ibidem.*
[42] Véase: Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Lagunillas. San Apóstol. *Bautismo 1792-1809*. Imágenes 139-145. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6X3Q-8W6?wc=2VSH-Y28%3A31346901%2C33478101%2C33478102%2C33478103%26cc%3D1417520&lang=es&i=138 (Consultado el 01/09/2025).
[43] *Ibid*., imagen 144.
[44] Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Pueblo Nuevo. Santa Rita. *Bautismos 1773-1815*. Imagen 135. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-DYL7-838?wc=2V3F-BJK%3A31346901%2C45161101%2C45161102%2C45179101%26cc%3D1417520&lang=es&i=134&cc=1417520 (Consultado el 01/09/2025).
[45] Véase: *Ibid*., imágenes 135-139.
[46] Véase: Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Acequias. San Antonio. *Bautismos 1794-1813*. Imágenes 51-53. En https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6QJ7-7LM?wc=2VSH-YHK%3A31346901%2C31346902%2C31346903%2C31350401%26cc%3D1417520&cc=1417520&lang=es&i=52 (Consultado el 01/09/2025).
[47] Véase: Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. El Morro. San Jacinto. *Bautismo 1780-1812*. Imágenes 127-131. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HY-6SHS-GCH?wc=2VSH-YJB%3A31346901%2C33333401%2C33333402%2C33333403%26cc%3D1417520&lang=es&i=130&cc=1417520 (Consultado el 01/09/2025).
[48] *Ibid*., imagen 130.
[49] Véase: Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Chiguará. San Antonio de Padua. *Bautismo 1803 - 1827*. Imágenes 1-4. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-62CS-J54?wc=2VSH-

Y6J%3A31346901%2C31479101%2C31479102%2C31479103%26cc%3D1417520&lang=es&i=3&cc=1417520. (Consultado el 01/09/2025).

[50] Véase: Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Jají. San Miguel Arcángel. *Bautismos 1803-1824*. Imágenes 1-3. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6QX3-9RT?wc=2VSH-Y4C%3A31346401%2C31347901%2C31347902%2C31351901%26cc%3D1417520&lang=es&i=3&cc=1417520 (Consultado el 02/09/2025). Consideramos que hubo un error involuntario al momento de catalogar este libro en *Familysearch*, por cuanto aparece como Trujillo, siendo lo correcto Mérida. El error pudo estar en la transcripción de Jají por Jajó, localidad que sí pertenece a Trujillo.

[51] *Ibid*., imagen 4.

[52] Véase: Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Bailadores. Nuestra Señora de la Candelaria. *Documentos eclesiásticos 1790-1850.* Imágenes 6-14. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:3QSQ-G926-F9DK-9?wc=2VQP-MQW%3A31346901%2C31392201%2C31392202%2C1589483334%26cc%3D1417520&lang=es&i=5&cc=1417520 (Consultado el 02/09/2025).

[53] Véase: Antonio Ramón Silva (Compilador): *Documentos para la historia de la Diócesis de Mérida.* Mérida (Venezuela), Imprenta Diocesana, 1909, Tomo II, pp. 22 - 26.

[54] Véase: Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Bailadores. Nuestra Señora de la Candelaria. *Documentos eclesiásticos 1790 - 1850...* Imagen 8.

[55] *Ibid*., imagen 13.

[56] Véase: Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Tabay. San Antonio. *Bautismos 1788-1803*. Imágenes 70-72. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6Q53-SMQ?wc=2V3F-BBP%3A31346901%2C50411601%2C31346903%2C50414201%26cc%3D1417520&lang=es&i=71&cc=1417520 (Consultado el 02/09/2025).

[57] Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Mucurubá. Inmaculada Concepción. *Bautismos 1788-1824*. Imagen 68. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-DZBQ-YM5?wc=2V3F-BXB%3A31346901%2C45007901%2C33411702%2C45007903%26cc%3D1417520&lang=es&i=67&cc=1417520 (Consultado el 02/09/2025).

[58] *Ibid*., imágenes 68-69.

[59] *Ibid*., imagen 69.

[60] *Ibid*., imagen 70.

[61] Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Mucuchíes. Santa Lucía. *Bautismos 1788-1808*. Imagen 135. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6PXQ-GVX?wc=2V3F-BD1%3A31346901%2C44867401%2C44867402%2C44867403%26cc%3D1417520&lang=es&i=134&cc=1417520 (Consultado del 30/08/2025).

[62] Véase: Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Mucuchíes. Santa Lucía. *Matrimonios 1788-1847*. Imagen 26. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HY-DH83-K7H?wc=2V3F-BFH%3A31346901%2C44867401%2C44867402%2C44988601%26cc%3D141

7520&lang=es&i=25&cc=1417520 (Consultado del 30/08/2025) y Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Mucuchíes. Santa Lucía. Defunciones 1788 - 1827. Imagen 64. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HY-DH83-2CK?wc=2V3F-BXF%3A31346901%2C44867401%2C44867402%2C44956501%26cc%3D1417520&lang=es&i=63&cc=1417520 (Consultado del 30/08/2025)

[63] Véase: Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Mucuchíes. Pueblo Llano. Santísima Trinidad. *Bautismos 1774-1817*. Imagen 117. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-DZBQ-YHT?wc=2V3F-BX5%3A31346901%2C45104801%2C45104802%2C45104803%26cc%3D1417520&lang=es&i=116&cc=1417520 (Consultado del 02/09/2025)

[64] *Ibid*., imágenes 119-141.

[65] Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Timotes. Santa Lucía. *Bautismo 1790-1820*. Imagen 97. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-69YW-CPT?wc=2V3F-B1N%3A31346901%2C50480201%2C44867402%2C50483101%26cc%3D1417520&lang=es&i=96&cc=1417520 (Consultado del 02/09/2025)

[66] *Ibid.*, imágenes 96-98.

[67] Sobre las actuaciones del obispo en la visita pastoral más allá de las parroquias, existen documentos que dan fe de sus actuaciones, analizarlos seguirá siendo una tarea pendiente.

Fuentes consultadas

Documentales

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Acequias. San Antonio. *Bautismos 1794-1813*. Imágenes 51-53. En https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6QJ7-7LM?wc=2VSH-YHK%3A31346901%2C31346902%2C31346903%2C31350401%26cc%3D1417520&cc=1417520&lang=es&i=52 (Consultado el 01/09/2025).

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Bailadores. Nuestra Señora de la Candelaria. *Documentos eclesiásticos 1790-1850.* Imágenes 6-14. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:3QSQ-G926-F9DK-9?wc=2VQP-MQW%3A31346901%2C31392201%2C31392202%2C1589483334%26cc%3D1417520&lang=es&i=5&cc=1417520 (Consultado el 02/09/2025).

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Chiguará. San Antonio de Padua. *Bautismo 1803-1827*. Imágenes 1-4. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-62CS-J54?wc=2VSH-Y6J%3A31346901%2C31479101%2C31479102%2C31479103%26cc%3D1417520&lang=es&i=3&cc=1417520. (Consultado el 01/09/2025).

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Ejido. San Buenaventura. *Bautismos 1799-1805*. Imágenes 47-49. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-DZ4Q-7GD?wc=2VSH-YVW%3A31346901%2C31647601%2C33150501%2C33155501%26cc%3D1417520&lang=es&i=48&cc=1417520 (Consultado el 30/08/2025).

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. El Morro. San Jacinto. *Bautismo 1780-1812*. Imágenes 130 y 131. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HY-6SHS-ZPJ?wc=2VSH-YJB%3A31346901%2C33333401%2C33333402%2C33333403%26cc%3D1417520&lang=es&i=129&cc=1417520 (Consultado el 30/08/2025).

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. El Sagrario. *Bautismos 1801-1811*. Imagen 121. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-XCZ3-JS2?wc=2VSH-YRJ%3A31346901%2C33581701%2C33953001%2C34077602%26cc%3D1417520&lang=es&i=120&cc=1417520

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Jají. San Miguel Arcángel. *Bautismos 1803-1824*. Imágenes 1-3. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6QX3-9RT?wc=2VSH-Y4C%3A31346401%2C31347901%2C31347902%2C31351901%26cc%3D1417520&lang=es&i=3&cc=1417520 (Consultado el 02/09/2025).

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Lagunillas. San Apóstol. *Bautismo 1792-1809*. Imágenes 139-145. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6X3Q-8W6?wc=2VSH-Y28%3A31346901%2C33478101%2C33478102%2C33478103%26cc%3D1417520&lang=es&i=138 (Consultado el 01709/2025).

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Mucuchíes. Santa Lucía. *Bautismos 1788- 1808*. Imagen 135. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6PXQ-GVX?wc=2V3F-BD1%3A31346901%2C44867401%2C44867402% 2C44867403%26cc%3D1417520&lang=es&i=134&cc=1417520 (Consultado del 30/08/2025).

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Mucuchíes. Santa Lucía. *Matrimonios 1788-1847*. Imagen 26. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HY-DH83-K7H?wc=2V3F-BFH%3A31346901%2C44867401%2C44867402%2C44988601%26cc%3D1417520&lang=es&i=25&cc=1417520 (Consultado del 30/08/2025)

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Mucuchíes. Santa Lucía. *Defunciones 1788 - 1827*. Imagen 64. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HY-DH83-2CK?wc=2V3F-

BXF%3A31346901%2C44867401%2C44867402%2C44956501%26cc%3D1417520&lang=es&i=63&cc=1417520 (Consultado del 30/08/2025)

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mucurubá. Inmaculada Concepción. *Bautismos 1788-1824*. Imagen 68. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-DZBQ-YM5?wc=2V3F-BXB%3A31346901%2C45007901%2C33411702%2C45007903%26cc%3D1417520&lang=es&i=67&cc=1417520 (Consultado el 02/09/2025).

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Pueblo Llano. Santísima Trinidad. *Bautismos 1774-1817*. Imagen 117. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-DZBQ-YHT?wc=2V3F-BX5%3A31346901%2C45104801%2C45104802%2C45104803%26cc%3D1417520&lang=es&i=116&cc=1417520 (Consultado del 02/09/2025)

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Pueblo Nuevo. Santa Rita. *Bautismos 1773-1815*. Imagen 135. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-DYL7-838?wc=2V3F-BJK%3A31346901%2C45161101%2C45161102%2C45179101%26cc%3D1417520&lang=es&i=134&cc=1417520 (Consultado el 01/09/2025).

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Tabay. San Antonio. *Bautismos 1788-1803*. Imágenes 70-72. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6Q53-SMQ?wc=2V3F-BBP%3A31346901%2C50411601%2C31346903 %2C50414201%26cc%3D1417520&lang=es&i=71&cc=1417520 (Consultado el 02/09/2025).

Venezuela. Arquidiócesis de Mérida. Mérida. San Juan de Lagunillas. San Juan Bautista. Imagen 186. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-XC7W-S3S?wc=2V3F-BVX%3A31346901%2C45371601 %2C31346403%2C45374301%26cc%3D1417520&lang=es&i=185&cc=1417520 (Consultado el 30/08/2025).

Arquidiócesis de Mérida. Mérida. Timotes. Santa Lucía. *Bautismo 1790 -1820*. Imagen 97. En: https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-69YW-CPT?wc=2V3F-B1N%3A3134 6901%2C50480201%2C44867402%2C50483101%26cc%3D1417520&lang=es&i=96&cc=1417520 (Consultado del 02/09/2025)

Bibliográficas

Avendaño Cerrada, Elizabeth: Don Santiago Hernández Milanés: entre lo divino y lo humano. En: Porras Cardozo, Baltazar Enrique (et. al): *El patrimonio eclesiástico venezolano: pasado y futuro*.

Caracas, Fundación Archivo Arquidiocesano de Mérida, Universidad Católica Andrés Bello, Konrad Adenauer Stiftung, 2007, Tomo I, pp. 19-32.

Hernández Peñalosa, Guillermo: *El Derecho en Indias y su Metrópoli*. Bogotá, Editorial Temis, 1969.

Labastida, Ricardo: *Biografías de los Obispos de Mérida***.** Mérida (Venezuela), Concejo Municipal del Libertador, La Imprenta, 1983, p 16.

López de Ayala, Ignacio (Traductor): *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. París, Librería de A. Bouret y Morel, 1848.

Pacheco, Juan Manuel (et.al): *Historia general de la Iglesia en América Latina (Colombia y Venezuela).* Salamanca, Ediciones Sígueme, 1981, Tomo VIII.

Picón Febres-Hijo, Gabriel: *Datos para la historia de la Diócesis de Mérida*. Mérida (Venezuela), Ediciones Solar, Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico de la Universidad de Los Andes, 1998. (Colección Clásicos Merideños).

Porras Cardozo, Baltazar: *El ciclo vital de Fray Juan Ramos de Lora*. Mérida (Venezuela), Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado, 1992.

Porras Cardozo, Baltazar (Coordinador): *Fondos documentales del estado Mérida (S. XVI -- XX): diagnósticos e inventarios.* Caracas, Alarcón Fernández Editor, 1995.

Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias. (4ta. Edición). Madrid, La Viuda de D. Joaquín Ibarra, 1791.

Samudio A. Edda O. (et. al): *Virtud, letras y política en la Mérida colonial.* San Cristóbal (Venezuela), Universidad Católica del Táchira, 1995.

Samudio A. Edda O.: *De la Ermita de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza al Convento de San Francisco de Mérida.* Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 2007 (Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 261)

Silva, Antonio Ramón (Compilador): *Documentos para la historia de la Diócesis de Mérida.* Mérida (Venezuela), Imprenta Diocesana, 1909. Tomos I y II.

Spinoza, Benedictus de: *Obras completas.* Buenos Aires, El Ateneo, 1950.

Mimeografiadas

Giordano Palermo, Juan Antonio: *Historia de la Diócesis de Mérida. Juan Hilario Boset (1842-1873)*, Mérida (Venezuela), Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación. Escuela de Historia, 1980. (Tesis de Grado).

Moreno, Agustín: *Poder espiritual y sociedad colonial. El Obispo Diego Antonio Diez Madroñero y su tiempo (1757-1769)*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Comisión de Estudios de Postgrado Área de Historia (Tesis Doctoral).

Electrónicas

Dussel, Enrique: *Historia de la Iglesia en América. Medio milenio de coloniaje y liberación (1492-1992)*, Madrid, Mundo Negro-Esquila Misional, 1992. Disponible en: https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/20120215100901/iglesia.pdf, (Consultado el 13/08/2025).

García Redondo, José María y Bernabéu Albert, Salvador: *Territorio, iglesia y sociedad. Francisco Antonio Lorenzana y su visita a la Arquidiócesis de México, 1767-1769.* Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio de Michoacán, 2022. (Serie Documental 34). En: https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/780/territorio_iglesia.html (Consultado el 02/09/2025)

Real Academia Española. Vigilancia. *Diccionario de Autoridades*. En: https://webfrl.rae.es/DA.html (Consultado el 02/09/2025).

Real Academia de la Historia. Historia Hispánica. *Biografía de Hernando Arias de Ugarte*. En: https://historia-hispanica.rah.es/biografias/4524-hernando-arias-de-ugarte (Consultado el 2/09/2025).